

PREGÓN VIRGEN DE FÁTIMA TIRADORES ALTOS AÑO 2018

Ilustrísimas autoridades

Reina y Damas de esa Bella Corte de Honor.

Señor párroco y siempre recordando a don Francisco Bermejo, Don Paco.

Junta directiva de esta Asociación vecinal y Festeros mayores del Barrio.

Vecinos de Tiradores Bajos, barrio de Fátima y Barriada de Santa Teresa y vecinos de la Cuenca baja, bienvenidos a todos los aquí llegados.

Señoras y Señores.

Quiero empezar con este poema que en su momento dedicase al lugar:

*Hay un río de soledades, el Huécar,
demasiados soliloquios en el silencio de la noche,
rugen los sonidos de la historia y
hasta en las entrañas de sus gentes
se oye el grito en cada piedra, bajo el manto de su cerro.*

*Es éste, barrio enhiesto en su mirada,
inmerso, subyugante, atrevido, el que nos llama
para pregonar su encanto, para releer su historia,
porque en el Pregón que se diga,
no hay duda ni desencanto,
hay vida y amor, devoción y fe, bajo Virgen
que a Fátima pide en belleza y manto.*

Ha pasado el tiempo desde que esta Virgen, a la que hoy rendimos homenaje festivo llegase a este barrio hermoso y altivo. Esfuerzos y sacrificios para ello, pero orgullo de ahora por recordar y poder con ello, recibir su bendición y grandeza.

Hablar de Tiradores, es hablar de Bajos y Altos. Recordar sus tiempos de origen es remontarnos a los tiempos de la ciudad medieval de Cuenca.

En la Ciudad musulmana de Medina al-Qunka durante el siglo XI, esta ladera de montaña sirvió para que algunos grupos de comerciantes mudéjares tuvieran huerto extramuros donde esparto intentarían cultivar para sus producciones artesanas (serones y albardas) que les permitieran transportar en sus mulas, la cerámica de las olleras de la albuhaire del puente de Palo o el cuero trabajado en el Retiro. No había casas para habitar por el temor a la llegada de cristianos, pero sí parideras y alguna cuadra de poca monta.

Después, cuando las tropas de Alfonso VIII de Castilla deciden sitiar la ciudad para su conquista en el siglo XII (año de 1177), las tropas del capitán Diego López de Haro se afincaron en esta ladera colocando tres lanzaderas de madera preparadas con pinos de la dehesa del Palancar para la conquista. La vigilancia de la ciudad baja era un objetivo pleno porque desde allí controlaban el río Huécar.

Cuenca, sube y baja. Incita hacia el cielo como si de un Belén se tratara, o tal vez, el zigurat mesopotámico de esta Torre de Babel conquisase. Una ermita en el siglo XVII dedicada a la Virgen del Socorro comanda la cima de este cerro, mientras pastan ovejas en estas laderas y planicies camino de la Fuente y abrevadero del Canto.

A partir del siglo XVI y frente a tu bella estampa y bajo el Sagrado Corazón de un socorro bendito, se comenzará a edificar escalonadamente un entramado callejero, histórico, como una serpiente urbana hacia arriba, buscando el balcón de la belleza. ¡Qué imagen más singular!

Artesanos del mimbre, esparto, cuero y sobre todo, lana, se afincan en este lugar buscando el regocijo del tiempo, mientras hilvanan sus productos. Pastores, esquiladores, cordoneros, trashumantes o curtidores, los mismos que luego darán nombre a las calles de aquí arriba. Tal vez, el resurgir de la industria textil hará que la mayor parte de los tinteros que luego bajaban al Huécar, aquí viviesen. Los grandes postes de madera donde colgaban las ristras de lana, blanca y negra, para su tintado, dio nombre en el siglo XVIII a todo un barrio: Los Tiradores.

Desde aquí, Cuenca tiene otra mirada, otra estampa más solemne, al describir su roquedal en grito de piedra y teja. Arriba divisas Mangana, San Pedro, las Carmelitas, la Catedral y el Obispado, el tejado de los Oblatos, la torre del Salvador, los muros de las Bernardas y esa puerta de Valencia que tanto oculta de la historia de Cuenca. Abajo, el Huécar y todo un solemne ritual que yo recuerdo.

Esta ciudad, inexpugnable en tiempos de guerra, se asoma hacia nuestra hoz del Huécar y en este paisaje parece colgada de las rocas; casas en equilibrio constante, de una verticalidad rotunda hasta llegar a los aledaños de un barrio nacido extramuros para buscar el cobijo de aquellas gentes más pobres cuya humildad le diese solera de orgullo. Por eso, el Cristo de un Amparo en el que se refugiaron construyó su morada en la parte baja de este zigurat de casas escalonadas. Aquí, donde judíos se afincaron después de su revuelta de 1391, luego moriscos comerciantes que trajinaban entre la artesanía allá por el 1502, llevando y trayendo cera y miel, quisieron compartir territorio, compartirían vida con algunos cristianos pobres que conformarían la collación o parroquia de Tiradores.

Pregonar es fácil, casi exclusivo del canto alegre. Es cantar las alabanzas de tierra y gentes, de pueblo o barrio y hacerlo en esa prosa que uno sabe.

Ya pregoné en este lugar no hace muchos años. Conté su historia y abrí el corazón a sus gentes, pero ahora que me lo vuelven a pedir, simplemente evocó el canto que ya hiciera aportando nuevos datos de una historia que siempre gusta. Igual que lo he hecho en tantos y tantos lugares, sin olvidar nuestro San Mateo, San Julián y la Semana Santa, intento hacerlo aquí para regocijo y apertura de Fiestas que, en definitiva, es lo que todos deseamos antes del jolgorio, la verbena y el chocolate.

Y si sigo con la historia, tendría que volver a contar que los momentos que yo revivo, eran tiempos difíciles y bien se sabe que en este lugar se ubicaba el fonsario de los judíos, cementerio propio, adecuado que bien dicen las crónicas y en buena tierra que por entonces era de un tal Álvaro de Molina, de ahí los amojonamientos que la historia dice.

"Al lado de sus casas, los judíos aquí avecindados en casas pobres tuvieron fonsario para honrar a sus muertos y que tal lugar fue asaltado por algunas personas de la parte baja que sin título alguno habían entrado, tomado y ocupado llano del fonsario judío que es por encima de la puerta de Valencia como vía a Cabeza Molina y lo habían arrompido públicamente..."

De allí, a la ermita de Nuestra Señora del Socorro, sin dejar de pasar por la Fuente del Canto donde buena y saludable agua siempre había. A su lado, un pilón recogía agua para luego servir de descanso y bebida a las cabras y mulas de los pastores de Santa Teresa (barrio que nace mucho más tarde). Entre la Fuente y la dehesa del Palancar, un largo camino con rochos de alfalfe a los lados. En primer lugar, algunos huertos que cultivaban las necesidades del alimento común, luego algunos ganados subían y bajaban por aquella ladera hasta la Tiná de Patiño y entre medias muchas eras para parvear la mies en tiempos de sementera.

Y es que para mí, hay dos Vírgenes en Cuenca que hablan de nuestra historia pasada en clave de humildad por sus gentes y de grandeza por su devoción: la Virgen de la Luz -de mayor antigüedad- en el barrio de San Antón (tierra de antoneros) y la Virgen de Fátima -más actual- en los Tiradores Altos (tierra de curtidores). Los dos nacen al amparo de la ciudad vieja, medieval y moderna -entre los siglos XVII una y XX la otra-; las dos discurren al lado de ríos, una del Júcar y otra, del Huécar, porque en el agua está la vida y las dos acogen a gentes humildes y pobres en recursos, pero fuertes en personalidad y carácter. Si cabe, la diferencia estaría que en tiempos de su origen, unos son cristianos al lado de su iglesia de la Virgen de la Luz y aquí, son conversos y moriscos, producto de esa discriminación en tiempos inquisitoriales -primero- y ahora son conquenses humildes con talleres, residencias, casas rurales y funcionarios, pero que permitieron y permiten hacer brillar una vecindad distinguida desde antaño por su nobleza y solemne convivencia de modernidad. Ahora, son parroquianos confesos de una Virgen, moderna en su recorrido, pero universal en sus milagros.

Por eso, amigos, todo pregón que se precie debe airear el entorno cantando las excelencias de su pobladores y parte de su historia vivida y en ello está, el profundizar con sentimiento en el orgullo de sus gentes: vosotros, herederos de los primeros luchadores que tuvieron que sacar ese "pan de las piedras" para crear estirpe, familia, futuro. Abajo, mientras la vía principal de subida era y es, la Calle Cristo del Amparo, uno puede bajar por dos sitios, inclinando la balanza cuando estrecha en esa principal de bajada: la calle de la Vereda; calles que definen el tiempo y el trabajo. Así, entre la calle A y la calle D, convive la C y la B, pero en ese aletear alfabético, se cruzan ilusiones compartidas, vivencias revividas, sentimientos encontrados. Luego, en lo alto de su ascenso, en aquella primera barriada donde figuraban Tiradores A y Tiradores B como sus esclusas, para llegar ahora a las calles de Esquiladores, Trashumancia, Calle de Cordoneros, de Curtidores, de los

Azafraneros en pleno cogollo del barrio o podemos coger la de San Rafael -que te lleva hacia santa Teresa y la Paz- dejando al lado, la de Bonifacio Alfonso, sin olvidarnos que arriba del todo -junto a la ermita- está la calle Diego Ramírez de Fuenleal o Villaescusa, aquel obispo que quiso hacer universidad en Cuenca antes que llegara la de Alcalá. Arriba en la plaza que honra a D. Francisco Bermejo, cuando descansas, un refresco en el bar del Edén y te permite divisar el cerro de Socorro, el museo de Paleontología, la piscina municipal y su campo de fútbol y casi los depósitos del agua.

Los tiempos han cambiado mucho, para bien. Antaño, un judío podía ascender con su borrico hacia la ladera del cerro, cargado de esparto, metal o paño (a mi mente viene el judío Benassar), encontrarse por el camino a un cristiano viejo y compartir inquietudes del vivir de cada día en plena armonía y sosiego; unos siglos más tarde, mientras la lana traída de la alta Sierra era lavada y tintada en esos aledaños de la calle Tintes y al bies de su río Huécar, algunos de esos sufridos habitantes del arrabal ejercían de tiradores de esas trenzas laneras para escurrir el agua de sus bucles racimados, ide ahí el nombre de estas barriadas. Ahora, casas nuevas, remozadas, estudios, terrazas, miradores, amplias cristaleras, corrales y garajes. Si paseas te puedes encontrar con el de Palomares, el tío.....que ronda los 96, a César el bombero y mecánico, que taller tuviera, o tal vez, al encuadernador Mariano, el de Huete que ha hecho artesanía y comercio por estos buenos aires, sin olvidar que muchos jóvenes aquí han formado residencia, Pedro Manuel Miota el ganadero o negocio como Raquel y Criss con su peluquería o los dueños de la Casa Rural Cerro del Socorro, entre otros.

Pero en el recuerdo seguimos viendo a aquellos niños de antaño, no tanto a los de ahora que también los hay, aunque muchos menos. Aquel niño de los años 50 corría, reía, de arriba a abajo, jugaba en las eras, se metía en las cuevas y lanzaba sus carros de cojinetes de arriba a abajo, calleja a calleja cuando la tierra lo permitía. El padre esperaba sentado en los muros, bisel de escalerillas de su iglesia del Cristo, recordando aquellas riadas que descendían desde la ladera

camino angosto de esos puentecillos al Huécar. ¡Qué tiempos aquellos, Dios mío! Diría el tío Jesús, turbero de tradición y hortelano de obligación. En su ascenso obligado, burrillo al ristre, se encontraba a la Pepa en su murillo, liaba el cuarteron tan deseado y camino de la era de Patiño se encontraba con Palomo que ya había cumplido su cometido y ansioso bajaba en la busca del buen vino del bar de Antonio, cerca del puente.

Todo pasa y todo queda. Porque allí en lo alto, mientras te miraba Mangana, todos los mozalbetes, traviesos y tranquilotes, maniataban su alegría dando las patadas cortas al juego de la pelota, mientras los más atrevidos hurgaban en el serón, rebuscaban el melón en la rotonda del Grupo o apreciaban las arzollas en el Quinto o en el Puntal.

Es curioso el desencanto, es vivencia nuestra vida, es recuerdo y añoranza. Eran sentimientos de buena armonía, sin envidia como ahora, y en aquella sentida pobreza vivía la amistad y complacencia. Todos eran una piña, en el juego y en la escuela. Abajo, donde más gente se concentraba, era común jugar en el Barranco al potreo, al bote como los Ayllones o Lorenzo Redondo, al rescate, al tejo o a aquel poker con baraja erotizada daba ilusión sin remedio, rebuscando escondrijos, bajo el túnel entre ríos, encerrados en el misterio de la cueva del tío Serafín con tesoros de buenos tiempos de moros rebuscados por algunos, tal cual Kike el sartén susurraba, atrevido y taciturno, mientras juntos, camino arriba y camino abajo, se hacían excursiones en bellos jueves larderos al Fortín, Cerro Socorro o la adorada fuente del Canto.

Allí, arriba y abajo, bien se juntaban Felo, Joselete, el Huevero, Paco el lechero, Arana, Quique el Chatuzo, Pepe el cabezón, Azcoitia, Luis el zocato, el Kubala, el Patatas, los Cabrerejos, Zafra, El Chafri, Bascuñana, Serrano, Miguelín y alguno que quizás me deje, todos en grupo, bien avenido, travesura fiel y anécdota al canto. ¡Qué buenos tiempos!

Hasta que llegó el Colegio de Santa Teresa y la pequeña aula que se ubicase en Fátima, todos los de arriba y los de abajo, eran monaguillos de vinajera en el Cristo y alumnos sumisos de capón del maestro D. Santiago, o aquellas charlas morales de Don Paco o del bueno de Basiliso a quienes bien llamaba: "aquí están mis jabalines", luego se separaron en clase y juego, pero no en el recuerdo. Armonía, juego, diversión, inquietudes, anécdotas, juegos, ilusiones, todo compartido como ejemplo de un deseo: la amistad como bandera y vida honesta para cualquiera. Don Francisco quería con buena plática de catequesis enderazar a los más torcidos, idura tareai

Otros tiempos sucedieron. Eran otros, ni mejores ni peores, otros y no hay cuenta de su sosiego.

Airear el desencanto no trae a buenas razones pero recordar el tiempo alegre los corazones. Por eso, llega igual que llegaba aquella fecha, la más esperada y al toque de campana sale la Virgen, reina el silencio y el Cristo de abajo, aclama. Es fiesta, es vida, es sentimiento. En el recuerdo, aquellas procesiones del Vía Crucis en lunes santo son ahora parte de nuestra historia, pero la Virgen, San Juan y el Cristo en los Tiradores Bajos siguen su paso y desde la aurora en ese gran día, rasga su manto rosado al hilo de buenos cánticos, y en su devota concepción plena rocía de gracias a cada uno, calle por calle, cuesta empinada, esquina abierta en amor desinteresado y esperanza pura. Ahora, arriba, desde nuestra ermita-capilla, sale la nuestra, la de Fátima, nuestra Madre.

La fiesta de antaño en los tiradores bajos seguía durante todo el día, la reja coloreaba con flor mayera, el balcón colgaba su colcha bordada, la Sixta engalanaba bien cada acera, en la tienda de Tino o la de Isidro todos miraban el paso alegre y al lado del río, La María ofrecía el churro obligado en corrillos formados con traje de gala, José el sacristán, la María, el Chuchi, Félix, la Nati y Canito sin dejar de lado a Ebujo el hombre, pastor al canto, liador de caldos y chascarrillos sanos. Todos, Tiradores de Altos y Tiradores Bajos confluían en la misma fiesta, en la misma procesión. Entonces la

Virgen de Fátima no estaba en su trono, luego llegó y todo se hizo diferente para convertir unas fiestas y otras. Las de Abajo por un lado y las de Arriba, por este otro.

Los tiempos pasan, pero la fiesta sigue, sigue su marcha. Son otros tiempos, igual que sale también se llega.

El baile se anima, la cuesta se estira, la música suena -abajo- en ese tablao que año tras año, Pimpin ofrecía, y es en conjunto porque los tiempos ya cambian, al eco de solfa, la misma que antaño el Husmo sonaba, acordeón al hombro, mientras Angelito y también Jelepete, cantaban el mayo, al fondo en espera todos aplaudían, los Pimentoneros, Patacos, Cortezas, familias de antaño, de siempre y de ahora, el Tata querido, Pocholo, la Merce, Pocholete y Maru, todos bien amigos, todos se querían porque ese era el barrio que ejemplo tenía. Arriba, suena también la música, ahora en mayo cuando la Virgen quiere canciones y ofrendas. Suena la misma música, tal vez la de Santy y su teclado, esa misma que hace que él solo invoque a todos los cantantes de cualquier época. Los de Santa Teresa suben a estirar el esqueleto en algún pasodoble y los del Cristo también se acercan para husmear a fuerza de botellín. Todos forman una sola familia.

Ya acabo Pregón, "ya está bien dirán algunos", y no puedo dejar de lado, aplaudir con respeto tanto trabajo, tanta labor de tantos y tantos años. Pregonero soy y pregonero hago. Pido perdón a los bien citados, apodos y nombres sin permiso dado que ha sido el cariño lo que me ha guiado.

Por eso pregonero y también exijo, que os hago saber y así me digno en desear con fuerza: la sana alegría, el respeto a todos, olvidemos rencillas, apartemos rencores, soltemos amarras, licencia demos a hijos e hijas, seamos espléndidos, compremos las chuches, bebamos los tintos, chupitos y birras, arrimemos el ascua, cantemos el himno, pidamos perdón, seamos sinceros, apartemos envidias, bailar y bailemos en cuesta o en llano, que siga la fiesta en sana armonía y que la Virgen de Fátima bendiga cada sintonía.



¡Vivan los Tiradores, Altos y Bajosi

¡Viva Cuencai

¡Viva nuestra Virgen de Fátimai

¡Viva y Vivai

Felices Fiestas y muchas gracias.

Miguel Romero Saiz
Pregonero 2018